

cruel que con ella cometía; era por la felicidad de encontrarse sin ser la rival que había creído, que había inundado su alma de una alegría y de un reconocimiento indecibles; no era por la bondad con que había sido acogida por Iseult. Por lo demás, por tierna que hubiera sido la escena, no era suficiente para despertar una afección que nunca había existido entre la madre y la hija: ¡era ya demasiado tarde!

XIII.

Al separarse de su madre, Camila volvió á buscar á Allán, que estaba devorado por la vergüenza y la inquietud, pensando en lo que iba á suceder; y como todos los temores habían desaparecido del alma de la joven, le pidió perdón por sus desconfianzas, como se lo había pedido á su madre por la violencia de sus sospechas y la brutalidad de sus confesiones. Tal es el corazón humano. Humillarse cuesta poco cuando se han reportado beneficios de la ofensa; pero si el agravio hubiese sido estéril, ó si hubiera conducido al descubrimiento de lo que se temía, la generosidad del arrepentimiento no hubiera tenido lugar, ó se hubieran infligido imperturbablemente todos los castigos posibles.

—Por tanto, seré tu mujer (decía Camila): mi madre me lo ha prometido, y nuestra vida volverá á ser tan dichosa como antes.

¡Ilusión pasajera! ¡Restos de una fe perdida en muy pocos días, y con la cual no se vuelve

á reconstruir el edificio arruinado! Camila no tenía aún la experiencia de su propio corazón: creía poder reavivar la flor delicada que tan pronto perece en nuestra alma, y que se llama la fe en el amor. ¡Ay! Las raíces de la planta misteriosa se secaban en el corazón de Allán, y no podía aceptar las esperanzas de Camila. Aunque procedían de la mujer amada, no tenía fe en ellas; y como estaba aleccionado por la poca duración de su felicidad anterior, deseaba que el amor no se alejase también, y tal vez este modesto voto de un corazón agostado era una petición demasiado ambiciosa.

Camila le refirió lo que había pasado en el cuarto de su madre, y pesó todos los detalles en un alma llena de turbación. Vió que Iseult no se había desmentido, y que la había inferido un ultraje al temblar que no pudiera contenerse. Admiró una vez más á aquella mujer sublime, por la posesión perfecta que de sí misma tenía, y en cuya alma no había cosa alguna que tuviera poder bastante para producir la menor turbación. Lo que él conocía de la Condesa, y lo que Camila ignoraba, le servían para formar un juicio acerca de ella, que se guardaba bien de expresar.

—Mi madre es buena (decía Camila), y ha sido generosa.

Pero Allán sabía que la generosidad de

Iseult se hallaba más alta de lo que su hija creía: se fundaba en el sentimiento de la pasión probada, en la absolución del espíritu dado á la naturaleza humana por la falta que comete más involuntariamente.

La manera cómo había acogido las confesiones de su hija, le permitió prever claramente la regla de conducta que observaría respecto de él... Si había dudado de ella por un minuto, esta duda no podía durar más tiempo. Toda vez que la señora de Scudemor había tenido la delicadeza del silencio, ¿no era probable que continuara del mismo modo en lo sucesivo? Aun cuando una conversación en la que forzosamente habían de tratarse recuerdos humillantes, no podía sino ser penosa en extremo, casi deseaba que llegase, siquiera fuese tan sólo para salir de la incertidumbre en que se hallaba colocado.

Para ninguno de los tres había cambiado la vida después de la confesión hecha por Camila á su madre, y no obstante, á todos parecía más monótona y lenta que nunca. Es verdad que era poco el tiempo transcurrido; pero Iseult nada había confiado á Allán de la promesa hecha á su hija, no dejando escapar tampoco la más mínima alusión. ¿Á qué esperaba, puesto que todo estaba resuelto? ¿Qué ocurría en aquella alma tan impenetrable?... Si la se-

ñora de Scudemor hubiera amado á Allán de Cynthry; si en interés de la felicidad de su hija hubiera tenido que consumir algún sacrificio grande y desconocido, su lucha hubiera tenido razón de ser, lo mismo que sus vacilaciones; pero Iseult no poseía la virtuosa dificultad del sacrificio.

—¿Te ha dicho hoy algo mi madre?—preguntaba todos los días Camila al joven.

Y al oír su respuesta negativa, añadía con esperanza, en la que se mezclaba un poco de impaciencia:

—Te lo dirá mañana.

Estaba segura de que Allán no había amado más que á ella, y el porvenir de ambos se le presentaba sereno como en los primeros días de su amor, como en los momentos más hermosos de su vida. ¿Por qué no había de volver aquella existencia tan dulce? ¿Por qué había aquella diferencia entre su dicha actual y la pasada, cuando no existía ninguna en su amor?... Y trataba de explicarse estas turbaciones y esos disgustos por las exigencias de un sentimiento que debía calmar el matrimonio.

Quando se es menos dichoso, se tiene remordimientos por haber hecho la felicidad imposible, porque las almas amantes son timoratas. ¡Pobres seres, que para sufrir más,

confunden las arideces de la vida con las sequedades del corazón!

La desconfianza y los celos, que habían agriado el amor de Camila, no disminuyeron en nada su violencia, haciendo que cada vez fuera su amante más y más querido; pero no ocurría lo mismo con Allán; era hombre, y por tanto, más fuerte y más grosero; marchaba más de prisa, y se olvidaba más pronto, no teniendo necesidad de poner sus dos manos en la herida por donde el amor se evaporaba, porque aquella herida no era mortal. Él hubiera querido amarla siempre; pero Camila no tenía para él más que el poder de los recuerdos, poder bastante efímero por cierto.

¡Contradicción notable de la naturaleza del hombre! Hubiera preferido la desconfianza y los arrebatos de la mujer celosa, á las ardientes confianzas y á las tiernas expansiones de su alma tranquilizada.

En vano, al verla tan tierna y tan fiel, rechazaba la idea de afligir un corazón que le pertenecía por completo, y se prometía consagrarle toda su vida. No podía resistir aquella generosidad, y no estaba seguro de cumplir los compromisos que contraía consigo mismo.

XIV.

Sin embargo, el día tan deseado llegó. La señora de Scudemor mandó á decir á Allán que le esperaba en su habitación; y cuando éste corrió á verla, la encontró sentada en el mismo lugar que otras veces la encontrara, lugar tan conocido para él, y que no había podido olvidar. Era el sofá azul en que le había hablado por la primera vez con tanta compasión del amor que había adivinado, y en que, vencida por sus lágrimas, había retractado la sentencia de destierro.

Cuando el joven entró en la habitación, y vió á la Condesa sentada en aquel sitio, experimentó en su alma una impresión análoga á la que produce la vista de un lugar en que hemos sido amados, y donde también hemos perdido el objeto de nuestro amor.

Todo estaba igual en la cámara: sólo el corazón de Allán había cambiado.

Pero no, no estaba todo de la misma manera que antes.

Iseult se hallaba tan extremadamente cambiada en su forma exterior, como Allán en sus sentimientos más íntimos. El tiempo había herido á la una en la superficie, y había alcanzado al otro en lo más profundo; pero el corazón del uno podía aún recoger y prodigar muchos amores, mientras que el de la otra había sufrido toda la fuerza del soplo abrasador de la vida, y no podía esperar ya más que morir con sobrada lentitud.

Allán se hallaba vivamente conmovido al acercarse á la condesa de Scudemor, que había sido suya. Ella conoció en su aspecto la idea que le torturaba el corazón, y le hizo sentar á su lado en el sofá.

—Allán (le dijo en seguida); espero no creeréis que os he llamado á mi cuarto para dirigiros ningún reproche. Habéis amado á Camila, y habéis sido amado por ella; la habéis arrastrado, vos que érais el hombre, es decir, el más fuerte, y que por esta misma razón hubiérais debido preservarla de vos; pero vos mismo os habéis dejado llevar como ella. No habéis tenido bastante sangre fría ni cálculo. Como sé que vuestra alma es noble, creo que habréis sufrido antes muchos combates con vuestro amor. Pero ya véis, amigo mío, cuán terribles son las consecuencias de las pasiones.

La Condesa calló un momento, como para respirar, y continuó después:

—Únicamente os reprendo que hayáis esperado tanto tiempo para confesármelo todo. Hubiérais perdido á mi hija á los ojos del mundo, si un sentimiento de celos, exaltado fundadamente por vuestra lentitud, no la hubiese impulsado á una confianza que nunca ha tenido en mí. ¿Es que érais bastante orgulloso, ó bastante pusilánime, para sacrificar la que amáis al embarazo inevitable de una confesión? ¿Y qué motivaba ese embarazo? ¿Os he dado nunca motivo ni derecho para que dudéis de mí?... Si yo hubiese sido otra mujer, concebiría mejor vuestras vacilaciones; pero ¿no me conocíais bastante?... ¿Os parecía que yo vivo bajo la influencia de las ideas ó de los sentimientos vulgares?... ¿No os acordáis de lo pasado? ¿Y ese pasado no hubiera debido ayudaros á juzgarme tal como soy? ¿No os acordáis de lo que os he dicho tantas veces aquí mismo? Héos ahí curado de vuestro loco amor, y yo próxima á ser vuestra madre.

—Iseult (respondió Allán): sois la mujer más sincera y más sencillamente grande que existe!.... No, yo no os juzgaba como las demás; y si no me confiaba á vos, es que desconfiaba de mí mismo. Un primer amor deja en nuestro corazón vacíos que el segundo no puede llenar.

Yo os evitaba, Iseult, como hubiera querido evitar mi conciencia, que tanto me acusaba.

—Decid más bien vuestro orgullo (replicó la Condesa); porque el hombre se desprecia por no poder amar mucho tiempo, por poco que su naturaleza sea débil, y aun cuando no esté degradada del todo. Pero ¿debíais tener orgullo para conmigo? ¿No os había predicho la muerte próxima de vuestro amor? ¿No os había mostrado las miserias del corazón, que tan pronto se sacia de todo, y no era en el mío adonde había ido á buscarlas para enseñáros-las?... ¿No ha sido hablándoos de mi anondamiento como he procurado convenceros de la inanidad de las afecciones?... Mi corazón ha sido en vuestras manos lo que era la calavera en la de Hamlet, cuando buscaba en ella el pensamiento que ya no existía....

Y al pronunciar estas palabras melancólicas con su voz lenta y sin melodía, se asemejaba á la imagen austera del Destino, que sacudía de sí todos los secretos de la vida y de la muerte. Allán la contemplaba en su magnífica apostura, pálida como el mármol, aunque no se mostrara sombría, y la convicción que expresaba de nuevo de la ciencia del corazón le hirió como si fuera una verdad que se le revelara por primera vez.

El joven sentía en lo profundo de su espí-

ritu una aprobación fatal en las palabras de la señora de Scudemor. La idea de que su segundo amor debía morir como el primero, que no era hasta entonces más que muy confusa, se destacó en su imaginación, precisa y clara. Iseult y Camila le hacían el efecto de dos cadáveres en el fondo del corazón: los vió y se calló, no atreviéndose á negar nada. Al fin, aquel joven tan fuerte se veía domado por la verdad. El hacha podía dar cuantos golpes quisiera en la raíz del árbol, que no conseguiría por esto hacer caer ni una hoja ni ahuyentar un pájaro: el alma había sido abandonada por sus últimas dudas y por las ilusiones más obstinadas.

Después de unos instantes de silencio continuó la señora de Scudemor, con una sonrisa como la que debe tener la paciencia cuando contempla al dolor:

—Allán, dentro de algunos días os vais á casar con mi hija. No os diré: «Sed dichoso,» porque es una palabra que no puedo pronunciar sin mentir; pero que vuestro amor y el que ella os tiene puedan durar mucho tiempo. Este es mi deseo. Ahora os será fácil ocultar á Camila todo el pasado, que jamás podréis olvidar. Que este pasado sea un secreto eterno entre nosotros dos. Pero hay todavía otro misterio, que es también preciso permanezca oculto.

Allán la miró sin comprender.

La Condesa continuó, sin darle tiempo á formular una pregunta :

—¡Escuchad, Allán! Cuando mi hija, que será vuestra mujer dentro de ocho días, ha venido á decirme que estaba en cinta, he podido responderla que yo también lo estaba!

Allán dió un salto; pero Iseult puso su mano en la boca del joven, para impedirle la menor exclamación.

—Tened cuidado (dijo); puede oiros Camila. Si sois hombre, sabed conteneros. Ved (añadió, separando los dos extremos del chal que la cubría) si he guardado bien mi secreto.

Estaba en cinta de ocho meses.

—No debía (prosiguió, después de un momento de silencio) revelároslo hasta la hora precisa en que me hubierais sido preciso para ocultarlo. No habéis entrevisto nada de mis sufrimientos, y, sin embargo, no había para mí una actitud que no fuese una impostura; pero, gracias á la costumbre de sufrir, no me ha vencido el dolor, y la única vez que Camila hubiera podido sospecharlo, fué el día que me sorprendió casi desnuda en mi tocador, sin darme tiempo para echarme un pañuelo sobre los hombros.

Allán se hallaba dominado por la admiración y el espanto.

—Mi calma os asusta (dijo la Condesa); pues la idea que os abrumba hoy me está martirizando hace ocho meses. Me he entregado á vos por piedad, y me veo castigada en mi misma compasión. Era preciso que este último sentimiento se volviese contra mí como todos los demás.

Hubo un silencio de algunos minutos, y luego la Condesa continuó en el mismo tono lento que tenía siempre:

—En cuanto á vos, Allán, vais á ser dos veces padre, y hay uno de vuestros hijos cuyo nacimiento ocultaréis cuidadosamente para que los hombres no le cubran con su estigma de verdugos. No es por mí por quien reclamo de vos el secreto: la injuria y el desprecio de los hombres no serían capaces de arrancarme un movimiento de protesta; es por el hijo de la piedad, quien le ha impreso la maldición en mi mismo seno. Pronto tendréis que llenar vuestros deberes con Camila, y, en verdad, ya los tenéis contraídos. Que mi hijo sea sacrificado al de Camila, no me quejaré; al contrario, es lo que pido. Debemos, en primer término, evitar á mi hija los crueles dolores del amor herido. Puesto que yo comprendo esto, vos lo debéis comprender también, toda vez que yo no tengo más que mi piedad de mujer, y vos tenéis vuestro amor. Allán, yo quisiera daros

valor contra esa paternidad que os persigue como un remordimiento. Vuestro segundo hijo no robará el amor que profeséis al que no pueda deciros «padre mío» en voz alta. ¿Le amaréis, verdad? Pues bien: todo se paga, y todo se desquita con el amor. ¡Ay! Yo que no puedo amar ya nada en este mundo; yo, que le he concebido sin amor, no puedo ofrecerle más que la compasión que no ha bastado á su padre, y que tampoco será suficiente para él. Allán (añadió poco después con voz profunda): ¡jamadle por los dos!

Cosa que hubiera conmovido á cualquiera la súplica de una madre, que pedía que se amara á su hijo, porque conocía que ella no tenía en su pecho bastante amor que darle. Allán medía toda la extensión del infortunio de aquella mujer, y enternecido hasta el fondo de sus entrañas, le cogió ambas manos, aquellas manos cuyo contacto no era para él ya más que una impresión dulce y fría.

—Iseult (le dijo), noble y desgraciada Iseult, no procuréis engañaros á vos misma; vos amaréis á vuestro hijo.

—Sabéis demasiado que no puedo (replicó ella con la dulzura de una resignación sublime). La voluntad no puede hacernos amar, como no puede hacernos vivir. ¡Dichosas las que dejan la vida antes de cesar de amar! La

suerte no me ha permitido ser contada entre ellas, y la fuerza de amar que he tenido, sólo me ha servido para sufrir, aun después de haberla agotado.

Viendo que sus palabras de consuelo eran inútiles, abandonó las manos que tenía cogidas, como el náufrago que suelta su última tabla de salvación.

—No hay nada que hacer, amigo mío (dijo la Condesa, que había comprendido el movimiento de Allán, moviendo la cabeza). Vos también habéis tenido piedad de mí como yo la tuve de vos, y queréis hacerme creer en un sentimiento que no existe. ¡Pobre hijo mío! Dejadme acabar de vivir en el aislamiento de mi alma, lo que tal vez no será muy largo. Sobre todo, no procuréis volver á darme lo que no tengo: habéis perdido ya el amor, y perderíais también la compasión pareciéndoos una ingrata, porque no podía enternecerme. Acordaos del hijo, pero olvidad completamente á la madre. No hay más que un amor que se nos da, y que no es permitido olvidar; y por eso es por lo que Camila debe seros sagrada, aun cuando un día dejéis de amarla. Id en su busca, amigo mío, y decidla que acabo de confirmaros la promesa que le hice á ella, y que he recibido vuestro juramento de hacerla dichosa. Desechad de vuestra frente esas nubes que pu-

dieran causarle aún alguna inquietud. Id, amigo mío, y dejadme ya.

Pero Allán estaba anonadado por la confianza que la Condesa acababa de hacerle y por los pensamientos tumultuosos que había suscitado en él, y no podía obedecer sus insinuaciones, por lo que titubeaba y se quedó inmóvil; pero ella, que leía mejor en su alma que él mismo, le dijo, levantándose del sofá en que estaba sentada, y envolviendo su chal alrededor de su cuerpo, presa de la languidez.

—Vamos: dadme vuestro brazo, hijo mío, y vamos juntos á buscar á Camila.

Bajaron al jardín, donde creyeron que la encontrarían; pero no estaba en él.

El sol se había puesto hacía media hora, pero no se había llevado todos los rayos que acababa de difundir sobre la tierra, pareciendo todos los objetos impregnados en oro y bermellón líquidos. El cielo estaba teñido de un azul sombrío que iba oscureciéndose cada vez más. ¡Contraste singular y notable! La sombra se proyectaba en las regiones de la luz, y la tierra, llena de vapores opacos, se abrazaba con un resto del resplandor que había desaparecido de lo alto. El día moría por arriba como un hombre de genio atacado de demencia; la luz se iba del mundo como las

más nobles facultades de la personalidad humana.

Los céfiros prodigaban sus suaves alientos por todas partes, armonías húmedas, perfumes dulces; era uno de esos momentos en que el hombre, de acuerdo en su sentimiento con todo lo que le rodea, sumerge con una voluptuosidad llena de fuerza su frágil corazón en el inmenso corazón de la naturaleza.

—¡Qué bien concluye el día!—murmuraba la señora de Scudemor.

Se hubiera creído que tenía envidia de aquella radiante puesta del sol.

Habíase sentado en el banco de la extremidad de la terraza para esperar á Camila, al lado de Allán, y éste, que pudo muy bien creer que aquellas palabras encerraban un pesar, tuvo como un presentimiento del próximo fin de la Condesa. Una voz secreta le decía que su oculto deseo se realizaba; pero este presentimiento, que cubrió la frente del hombre de una tristeza profunda, apenas sombreó la frente de la mujer. Allán sólo fué accesible al temor, y él sólo debía sufrir por esta causa.

Los recuerdos del amor que había tenido hacia ella se demostraban de una manera tierna y sagrada por el delicado estado de Iseult. Pero ¡ay! ¡Esta no podía recoger puro el sen-

timiento que había prodigado sin reserva! Fuera, como en su interior, siempre encontraba la más triste soledad. ¡El enternecimiento que el joven sentía en aquel instante no era tanto de piedad hacia ella, como de compasión hacia su hijo!

XV.

Los ocho días que la Condesa había marcado para que tuviera lugar el casamiento de Allán y Camila, pasaron muy pronto. Como su vuelta de Italia apenas se sabía en París, y como, por otra parte, el estado de su salud era más que suficiente pretexto para no dar grandes fiestas con ocasión del matrimonio, no invitó á nadie, y se resolvió que nada cambiaría en la vida que llevaban los tres en el castillo, hasta el invierno, época en que los jóvenes esposos pasarían á París.

El casamiento se hizo, pues, como debieran hacerse todos los casamientos: sin ruido, en el fondo de una campiña, en una pobre iglesia de aldea. Ninguna amiga envidiosa, irónica ó impía, acompañó á aquellos dos jóvenes que se unían delante de Dios, ni nadie espío las alegrías modestas de la mujer en la frente donde al día siguiente miradas obscenas hubiesen querido encontrar confusos rubores.

No tuvieron de testigos más que algunos